El señor Van Gogh

RUBÉN CUARTAS RESTREPO

Editorial EAFIT

LETRA X LETRA
—NOVELA—

Cuartas Restrepo, Rubén
El señor Van Gogh / Rubén Cuartas Restrepo. – Medellín: Editorial EAFIT, 2022.
128 p.; 24 cm. (Letra x Letra)

ISBN: 978-958-720-782-8
ISBN: 978-958-720-781-1 (versión EPUB)

1. Novela colombiana – Siglo XX. I. Tít. II. Serie.

C863 cd 23 ed.
C961

Universidad EAFIT – Centro Cultural Biblioteca Luis Echavarría Villegas

El señor Van Gogh

Primera edición: octubre de 2022

© Rubén Cuartas Restrepo
© Editorial EAFIT
Carrera 49 No. 7 Sur-50
Tel. 261 95 23, Medellín
http://www.eafit.edu.co/editorial
https://editorial.eafit.edu.co/index.php/editorial
Correo electrónico: fonedit@eafit.edu.co

ISBN: 978-958-720-782-8

ISBN: 978-958-720-781-1 (versión EPUB)

Coordinación editorial: Carmiña Cadavid Cano

Corrección de textos: Juana Manuela Montoya y Carmiña Cadavid Cano

Diseño y diagramación: Alina Giraldo Yepes

Imagen de carátula: Van Gogh, *Retrato de Joseph Roulin,* 1889
Guarda inicial: *Entre hilos de Van Gogh* (17,3 x 16,3 cm)
Guarda final: *Puntadas al pintor Van Gogh* (16,5 x 15,6 cm)
Bordado a mano en tela con aguja fina, Andrea Cuartas Morales, 2019

Universidad EAFIT | Vigilada Mineducación. Reconocimiento como Universidad. Decreto Número 759, del 6 de mayo de 1971, de la Presidencia de la República de Colombia. Reconocimiento personería jurídica: Número 75, del 28 de junio de 1960, expedida por la Gobernación de Antioquia. Acreditada institucionalmente por el Ministerio de Educación Nacional hasta el 2026, mediante Resolución 2158, emitida el 13 de febrero de 2018.

Prohibida la reproducción total o parcial, por cualquier medio o con cualquier propósito, sin la autorización escrita de la editorial.

Editado en Medellín, Colombia.

A mi hermano Juan Manuel,
que se dio a la tarea de revisar este escrito una y otra vez

A Felipe Restrepo David, por el estímulo permanente y su valiosa amistad

A Claudia Ivonne Giraldo,
quien me abrió las puertas de la casa editorial de la Universidad EAFIT

Mi amigo el empleado de correos, sin ir más lejos,
vive mucho en los cafés, y, desde luego, es más o menos bebedor,
y lo ha sido durante toda su vida.
Pero es completamente lo contrario de un ser embrutecido
y su exaltación es tan natural, tan inteligente
y razona entonces tan profundamente a lo Garibaldi.

Vincent van Gogh, *Cartas a Theo*

Roulin, aunque no es lo bastante mayor como para ser un padre para mí,
tiene, sin embargo, para conmigo esa dignidad silenciosa y esa ternura
idénticas a las de un viejo soldado para con uno joven.
Siempre tiene –pero sin una sola palabra– un no sé qué que parece querer decir:
No podemos saber lo que nos pasará mañana, pero pase lo que pase piensa en mí.
Y hace mucho bien cuando viene de un hombre que no está amargado,
ni triste, ni es perfecto, ni feliz, ni tampoco irreprochablemente justo siempre.
Pero muy buena persona, muy sabio, y muy emotivo, y muy creyente.

Vincent van Gogh, *Cartas a Theo*

Un niño corre por el campo con toda la fuerza que le dan sus pequeñas piernas. ¿A dónde se dirige? ¿Qué busca? Solo persigue una alondra que revolotea por encima del trigal. Se queda alelado viéndola jugar con las circunvoluciones que realiza a favor y en contra del viento; por momentos parece detenerse en el aire para luego ser llevada en una dirección y luego en otra. Cambia de orientación y observa el nido que han construido las urracas en la rama de un bello álamo, no le interesan para nada los pichones, sino la trama de las lianas que conforman el conjunto del nido, cómo se entrecruzan hasta formar esa pequeña cesta prodigiosa que los alberga cómodamente. Luego es atraído por un sendero que conduce a una pequeña colina, desde la cual observa un panorama que se abre a todos los puntos en el horizonte. Se sienta mientras mordisquea un trozo de hierba. ¿Qué lo hace detenerse? Mira con curiosidad los contrastes que se producen entre las zonas de luz y las de oscuridad; cómo los árboles se van haciendo más pequeños a medida que se alejan; encantado descubre que las montañas a la distancia cobran una coloración azulada, mientras que el campo se matiza a su vez con tonos de todos los colores.

El sol empieza a declinar por el oeste; por el camino se encuentra con dos niños campesinos con los que suele

jugar, se entretienen un momento y luego lo invitan a refrescarse en su humilde cabaña. La lumbre del fogón refulge en un rincón lanzando hacia lo alto llamaradas amarillas ribeteadas de azul. Una mujer se afana vertiendo el contenido de una cafetera humeante en pequeñas tazas de arcilla, iluminadas por un candil que produce unos bellos contrastes de luz.

Al caer la noche, regresa presuroso a su casa, donde las amonestaciones de su madre no se hacen esperar. Es un muchacho díscolo, se le nota ensimismado, y además es silencioso y tímido con las personas extrañas. No parece ser el hijo de un pastor, que es el guía de su comunidad. En su familia todo es muy metódico y controlado, su padre aplica una férrea disciplina. A este niño le cuesta mucho seguir el ritmo que se lleva en su hogar.

Con el correr de los días se ha ido constituyendo en un joven reconcentrado en sí mismo, con una testarudez a flor de piel que lo aleja de las normas establecidas; quizá con el tiempo se convierta en un rebelde o en un revolucionario o en un artista, de esos que luchan con ahínco y tesón por todas las causas perdidas.

El cartero Joseph Roulin

I

Yo, Joseph Roulin, era uno de los dos carteros que tenía la ciudad. En esa época en Arlés había menos de ocho mil habitantes, y como es de suponer, dos carteros éramos más que suficientes. Conocí al señor Van Gogh cuando él estaba recién venido a la ciudad; tenía una correspondencia muy fluida, sobre todo con su hermano, que vivía en París. Mis visitas eran frecuentes, dos o tres veces por semana. De tanto visitarlo, nos hicimos amigos. Quizá fui yo el único que tuvo una relación cercana con él, porque era una persona muy reservada, más bien debería decir que era un solitario y que le era difícil hacer amigos. No era muy abierto con los paisanos de Arlés; solo le importaba su pintura, lo demás no contaba para él.

El señor Van Gogh parecía más un obrero o un campesino, que lo que llaman un artista; vestía ordinariamente y no cuidaba mucho de su aspecto. En lo que se refiere a su persona, era un hombre respetuoso, con un hablar un tanto refinado; en el fondo era muy afable, hasta el punto de convertirse en alguien muy cercano a los miembros de mi familia; lo queríamos y lo respetábamos. Hizo retratos de casi todos, que hoy están en los mejores museos de Europa. Él nos volvió famosos. Quien conoce al señor Van Gogh conoce a la familia Roulin. No era francés, sino holandés, lo que lo hacía diferente a los demás; su porte era muy distinguido y su pelo y su barba rojiza hacían que se destacara; además era artista, fue alguien que vivió y sintió este planeta que habitamos de una manera totalmente diferente, y eso lo hacía especial. Era capaz de transformar el mundo por medio de su pintura. Llamaba la atención

por su aspecto; su nariz era un tanto pronunciada y sus ojos hundidos no parecían capaces de ver de la manera como lo hacía y lo reflejaba en sus pinturas. Era de una estatura normal, ni muy alto ni muy bajo.

Por el tiempo en que yo lo conocí estaba más bien flaco, debido a que se alimentaba muy mal; en ocasiones solo se sustentaba a base de café negro y de pan. Su manutención se la proporcionaba su hermano, pero él prefería gastarse el dinero en utensilios de pintura, antes que comprar comida. Su ropero era muy exiguo, lo mismo que los objetos de su casa; eso sí, abundaban los libros y los lienzos, que estaban esparcidos por todas partes. Además, era un coleccionista de grabados y de estampas japonesas con las que adornaba las paredes. Entrar en su vivienda era una verdadera experiencia: pinturas por aquí, grabados por allá; todo reclamaba atención: los más bellos y vibrantes colores de un trigal amarillo, contrastados con un inmenso cielo azul; paisajes en verdes, violetas, rojos; toda una gama de colores lo atraían a uno como un imán a una pieza de metal. Y él, con una pasmosa naturalidad, los iba describiendo, de tal manera que uno dejaba de habitar en el cuarto donde se encontraba, para ser llevado mágicamente de un paisaje a una turbera, de un patio a una calle, de un café a los barcos que invitaban a dar un paseo por el mar. Pese a sus precariedades, nadie era tan rico como él y nadie tenía esa capacidad de descripción.

El señor Van Gogh no era muy sociable; en ocasiones se limitaba a recibir sus cartas y a firmar el talonario sin decir una palabra; en esos momentos era muy intimidante, pero otras veces me invitaba a pasar, diciendo: "Todo está muy desordenado, acomódese donde pueda mientras yo preparo un café". Me quedaba alelado mirando sus pinturas; cuando regresaba con el café, generalmente no se sentaba; se movía nerviosamente de un lugar a otro. Inesperadamente soltaba su tasa, rebuscaba en un rincón y traía en sus manos uno de los lienzos. Decía: "Vea lo que logré pintar hoy, es algo muy hermoso; mire cómo se extiende el trigal hasta el infinito, observe cómo los amarillos chocan contra el azul, un cielo esplendoroso sin una sola nube, y en medio del cielo un inmenso sol que irradia su luz en amarillos, rojos y naranjas.

¡Qué hermoso es el sol!, pero qué difícil es pintarlo; su luz nubla la vista, me hace ver formas iridiscentes, como volutas que vuelan por el aire, pero es precisamente eso lo que me ha permitido pintarlo. No me va a creer que pasé toda la tarde luchando contra ese sol que no se dejaba capturar, y en medio del mistral, un viento horrible que llenó de arena la tela. ¿Me creerá que lo tuve que empezar tres veces? Pero no me rendí; logré capturar ese sol que hería mis ojos y luché codo a codo contra el mistral. La naturaleza a veces es terrible y no se puede hacer nada, pero logré sacarle este pequeño cuadro de sus entrañas y he aquí el resultado". Luego guardaba silencio, parecía mascullar unas palabras para sí mismo, volvía a caminar de un lado para otro, se detenía y expresaba en voz alta: "¡Qué potente y hermoso es el sol!". Se recostaba en su silla y al cabo de un rato me decía: "Tengo mucho que hacer, he comenzado una serie de dibujos que quiero seguir adelantando, además debo escribir a mi hermano, pues ya no tengo un solo franco en el bolsillo y hace más de una semana que no recibo noticias suyas. Le agradezco su visita, pero necesito estar solo". Y así, sin más, me despachaba, pero yo lo entendía. Era un ser amable, pero extraño. Me levantaba, recogía mi valija de correos y seguía mi camino.

Tenía una correspondencia muy fluida con su hermano. Alguna vez me dijo que él era el mayor, que luego seguía su hermano Theodorus; mencionó además a una hermana, si no recuerdo mal, de nombre Willemina, y hasta ahí sé. Decía que su padre era pastor; un señor muy serio, de un carácter muy terco, demasiado estricto con la vida y con los hijos; no soportaba ninguna irreverencia; ningún argumento era válido para hacerle cambiar de parecer. El señor Van Gogh decía que escuchaba pero no oía. La madre, en cambio, era una persona sumisa, inestable y nerviosa, dedicada a las funciones hogareñas. Todos estaban sometidos a la autoridad del padre, pero también a sus arbitrariedades; vivir a su lado había sido bastante difícil y por ello había buscado la manera de salir tempranamente de su casa, yéndose a trabajar como marchante a La Haya.

En ocasiones no lo encontraba en su casa; se iba a veces a un poblado cercano, otras veces hacía excursiones por el campo y regresaba a los

tres o cuatro días; dormía donde lo cogía la noche y se alimentaba de lo que las buenas gentes le proporcionaban. Era tan irregular su estadía en la casa, que generalmente le llevaba sus cartas en horas de la noche. Un día que me lo topé en el café estaba un poco achispado; al verme, me dijo: "Espero que me traiga buenas noticias, porque ya no tengo dinero, con lo poco que me quedaba he tenido que empinar el codo, pues es de la única manera que puedo dar esas altas notas de color que busco en mis cuadros". Siguió diciéndome que esa situación no podía durar para siempre, que tenía que volver a encontrar la manera de sostenerse por sus propios medios.

Entonces me contó que no siempre había sido pintor, que siendo muy joven había trabajado como marchante vendiendo cuadros, viñetas y grabados. Fue en La Haya. Como venía de un hogar donde los educaron con normas muy estrictas, aceptó ciegamente los dictados del comercio; estaba tan adaptado, tan aconductado, que lo premiaron trasladándolo a la sucursal de Londres, y luego lo enviaron a París, donde estaban los jefes, seguramente para poder vigilarlo. Estando en Londres abrió los ojos; me comentó que les vendían a los clientes cualquier mamarracho, pero él les hacía ver que eso estaba mal, que había lienzos, por ejemplo, de Millet, de Rembrandt, de Corot y de otros que valían más que las chucherías que les querían vender. El comercio de obras de arte se había convertido en una especie de especulación de banquero; muchos ricachones adquirían costosos lienzos por cualquier razón, porque el cuadro hacía juego con el color de la alfombra, pero no lo hacían por el valor artístico que había en ellos. No era posible para él adaptarse a algo así, a menos que prefiriera seguir viviendo hasta que se le estallara el corazón dentro del pecho. No soportó más esa farsa. Cuando la manzana está madura, el menor soplo de viento la hace caer del árbol. Esa fue la única vez que se ganó la vida como asalariado.

Luego colocó sus brazos sobre la mesa, volcó en ellos la cabeza y cerró los ojos; un momento después me dijo: "Estoy como alelado, estoy perdiendo la idea del tiempo, me hacen falta el sol, el campo, el amarillo de los trigales, el azul del cielo, el verde de la llanura; llevo varios días sin dormir, pues me he propuesto pintar este detestable lugar; creo

haberlo logrado, y es quizás mi mejor lienzo después de *Los comedores de patatas*, que pinté en Neunen, en casa de mis padres. Lo que pinto ahora es un asunto muy distinto, pues esta vez intento expresar lo más terrible de las pasiones humanas; estoy tratado de revelar la potencia de las tinieblas de este horrible café, contrastándolo con colores duros, verdeamarillosos y verdeazulosos, todo ello en una atmósfera de horno infernal, de azufre pálido. El café es un lugar peligroso en el que uno puede arruinarse, suicidarse, cometer crímenes o enloquecerse". Guardó silencio un momento, se levantó pesadamente, me miró con ojos ausentes, recogió sus cartas, me estrechó la mano y me dijo: "Voy a dormir durante tres días".

En otro momento hablamos de su posición sobre la religión; a este respecto era bastante contradictorio; era usual que dijera que Dios había creado muy mal el mundo y de manera apresurada, que muchas cosas las había hecho al revés, que se había equivocado una y otra vez; que si pensáramos o pintáramos el mundo tal como él lo hizo, estaría lleno de carencias y sería demasiado pobre, casi vacío de sentido. En todo caso, que Dios era muy poco artista. En cambio, lo que debían hacer los pensadores y los artistas no era acogerse a este mundo de Dios, tal cual está, ni mucho menos seguir sus leyes, sino pensarlo y sentirlo desde lo más profundo; solo de esa manera se sacaría del caos en el que Dios parecía haberlo sumido.

Un día vino a visitarnos, y al observar la devoción religiosa de mi esposa, dijo: "Su mujer me hace acordar del ardor religioso que yo abracé en cierta época de mi vida". Ese día estaba bastante locuaz y siguió diciéndonos: "Han de saber que adelanté estudios para hacerme pastor; quería seguir los pasos de mi padre; en mi familia era una tradición ser pastor; lo fue mi abuelo y también uno de mis tíos. Aquello fue en Ámsterdam. Había que estudiar muchas cosas; la Biblia en primer lugar, teología, estudios de latín y griego, álgebra, geometría, cálculo y un sinfín de materias. Todo se me volvía un nudo en la cabeza". Comentó que esos estudios empezaron a no gustarle y a la larga se le hicieron aborrecibles; sus tormentos aumentaban a medida que pasaban los días; sentía sobre sus hombros el peligro y la vergüenza de fracasar,

pero al mismo tiempo quería abandonarlo todo. Cuando tenía esa vena habladora, que por lo demás era poco frecuente, era el hombre más cautivador y amable que uno podía conocer. Tanto yo como mi mujer y mis hijos lo escuchábamos atentos y en silencio, pues no queríamos perder una sola de sus palabras.

Algo que me llena de orgullo es que el señor Van Gogh no hizo cuadros de sus hermanas ni de su hermano Theo, apenas un boceto de su padre y un cuadro de su madre, pero si volvemos la mirada a mi humilde familia, no solo hizo retratos míos y de mis hijos, sino también de mi mujer. Siguió diciéndonos: "Todas las miradas estaban puestas sobre mí; mi tío Stricker, mis padres, mis hermanos y hasta los profesores me estimulaban para que siguiera adelante. No tuve otra opción que persistir en el estudio, con la esperanza de luchar de la forma más eficaz contra todos esos obstáculos; solo de esa manera podría contestar a los llamados de atención que se cernían sobre mi humanidad".

Lo que se decía a sí mismo era: "Estoy luchando por mi vida, es la carrera por mi existencia, y de lo que haga aquí dependerá mi futuro".[1] Pero muy en su interior sentía que era bastante dudoso que pudiera triunfar, que fuera realmente capaz de hacer todo lo que le exigían. Concluyó diciendo: "Terminé por abandonar esos fatídicos estudios". Como su relato iba para largo, recuerdo que matizamos la charla con unos entremeses, unas cuantas copitas de vino y algún otro licor espirituoso. Animado por el licor, siguió diciendo: "¿Quieren saber cuál era mi lema?: 'Triste, pero siempre en la alegría';[2] lo aprendí de San Pablo. No vayan a creer que no me tomé en serio mi papel como religioso; en esa época era otro; lleno de convicciones y entregado por completo a mi labor pastoral; no era el hombre que conocen hoy, un pintor soñador, afecto a los campesinos y enamorado de esta campiña saturada de luz, armonía y color. Ahora prefiero estar detrás de una barricada y no

---

[1] Vincent van Gogh. "Carta 114N", en: *Las cartas*, trad. Marta Sánchez-Éguibar Durán, Madrid, Akal, 2007, vol. I, p. 166.

[2] *Ibid*., "Carta 82aN", p. 103.

delante de un púlpito. 'Triste, pero siempre alegre'; una parábola que nos invita a convertir las tristezas en alegrías; por mucho que suframos en esta vieja tierra, por más vicisitudes, dolores y penas, siempre está la posibilidad de sobrellevar todas esas dificultades sabiendo que hay un Dios redentor que convierte las penas en alegrías". Era lo que creía en esa época, y lo que predicaba a las gentes sedientas de redención.

Su lenguaje cambió; sus ideas se trastocaron. Nos dijo: "Es preferible la tristeza que la alegría; es preferible ir a la casa del duelo que a la casa del placer, la tristeza le viene mejor al corazón".[3] Confesó que se había esforzado por amar a Cristo para que las miserias de aquí abajo fueran recompensadas con un suspiro allá arriba; buscó la fe y el amor a Dios; el Señor era su fortaleza, su roca. Esperaba ser consolado. Estaba tan absorto por las ideas religiosas, que cierta vez creyó escuchar que Dios le decía: "Te amo con un amor eterno; te amo como la madre que consuela a su hijo; yo soy la paz, la redención y la alegría".[4] Nos contó todo eso para hacernos ver que esa fue una tarea que se tomó en serio; fue tanta su entrega, que los domingos asistía a varios oficios religiosos, aun en iglesias diferentes a las del calvinismo que profesaba, pues decía que Dios está en todas partes y que no tenía por qué haber distintas creencias. Lo que más le interesaba era el momento de las prédicas, los temas que trataban y la manera como se platicaba a los fieles. Escribió entonces su primer sermón, el único en realidad. Lo repasó tantas veces que terminó por aprenderlo de memoria, y nos lo recordó de esta manera: "No soy más que un huésped en la tierra. No me ocultes tus mandamientos. Es una antigua creencia y muy cierta, que nuestra vida es un peregrinaje, que somos huéspedes sobre la tierra, pero que, aunque ello sea así, no estamos solos, porque nuestro Padre está con nosotros. Somos peregrinos, nuestra vida es un largo camino, un largo viaje de la tierra al cielo".[5] Y así seguía, invocando a Dios en

---

[3] *Ibid*., "Carta 82aN", p. 102.

[4] *Ibid*.

[5] *Ibid*., "Sermón de Vincent, Salmo CXIX, 19", p. 109.

todo momento, insertando pasajes de la Biblia, citando a los apóstoles, trayendo a cuento salmos, parábolas, evangelios y cuantas referencias fueran necesarias.

Eso fue todo por ese día. Se le veía bastante cansado; tanto que gotas de sudor perlaban su frente. Se puso de pie y nos dijo: "No es el mejor recuerdo que tengo de mi vida y evocarlo me produce malestar; aquella fue la época más contradictoria por la que he pasado y es posible que no la haya superado del todo, que siga buscando a Dios en cada cuadro que pinto". Mi esposa quedó con la intriga de cómo concluía la aventura religiosa de nuestro amigo pintor, y me insistió para que lo invitara otro día a tomar el té. Cumplí mi tarea y cada que me cruzaba con él le hablaba del té, pero debido a los altibajos de su temperamento y a sus ocupaciones, lo postergaba una y otra vez. Finalmente, como el señor Van Gogh quería que mi hijo le sirviera de modelo para uno de sus cuadros, pudimos tenerlo de nuevo en nuestra casa. Después de compartir el té, mi mujer le ofreció un poco de coñac; luego de unas copas ella se atrevió a decirle: "Recuerdo la charla que tuvimos sobre su deseo de hacerse pastor y quisiera saber cómo concluyó ese episodio". Ese día se le notaba decaído; a pesar de ello, expresó: "Sabrán ustedes que al abandonar la pretensión de hacerme pastor se abrió para mí una opción que me puso al servicio de una comunidad; conseguí un puesto de evangelista que solo me exigía hacer charlas en un tono afectuoso, sin prestarle importancia al conocimiento profundo de las lenguas muertas ni a los tortuosos estudios de teología que habían sido para mí un gran quebradero de cabeza en Ámsterdam. Solo me pedían que incitara a los oyentes a seguir la palabra de Cristo. Por cuestiones del destino, o quién sabe por qué razón, fui asignado a una comunidad de mineros del carbón en el poblado de Cuesmes, en el Borinage belga. Encaminé mis pasos hacia ese lugar; lo primero que vi fue que todo estaba cubierto de hollín; mi segunda observación me permitió constatar que en Cuesmes no había cuadros y ni siquiera sabían qué era un cuadro. Los mineros excavaban a seiscientos metros bajo tierra; sin importar los peligros ni los sufrimientos de vivir en los socavones, preferían la oscuridad a la luz. Muchos encontraban allí la muerte por derrumbamientos de

antiguas galerías o por explosiones de grisú. Una mina es un sitio lúgubre y siniestro. La mayoría de los mineros eran delgados y pálidos, de aspecto cansado, y envejecían prematuramente. Cuando salían de las minas estaban completamente negros. Sus casas eran pequeñas chozas diseminadas a lo largo de caminos enfangados, bordeadas por árboles muertos y montañas de ceniza. Había mucha miseria en la existencia de estos seres que con sus manos extraían el material para mover las máquinas de la gran industria. Los mineros son los hombres de las profundidades del abismo; son los más despreciados e injustamente los consideran como una raza de malhechores. Inicié mi labor evangélica con los enfermos que tenían poca o ninguna asistencia; me ocupé de muchos de ellos buscando reconfortarlos. Cuando se presentaba una explosión en las minas acudía en su ayuda y hacía todo lo que estaba a mi alcance. Iba de un lugar a otro haciendo mis pláticas. Me dediqué con tanto empeño a mi labor misionera, hasta el punto de descuidar mi vida personal".

Escuchábamos conmovidos. Mi esposa le preguntó cómo terminó todo, él le respondió que irónicamente el resultado de tanto desvelo y trabajo fue que lo despidieron con el peregrino argumento de que se excedía en sus funciones y descuidaba la obra misionera. Le demandaban que adelantara de otra manera su labor pastoral, pero él se negó de plano. Desde ese día perdió la fe, pues comprendió que no hay incrédulos más empedernidos, más prosaicos y más materialistas que los pastores; corazones humanos bajo una coraza de hierro. Nunca llegó a comprender por qué se dejó seducir por abstracciones místicas que lo hicieron encerrarse en él mismo, sin tener una mirada diferente de Dios ni de los hombres. El resultado de esa aventura religiosa fue para él una empresa idiota.

II

Mi oficio consiste en repartir los mensajes entre unos y otros; los carteros somos personas curiosas y suspicaces; estamos enterados de